

colección
**PERIODISMO
CULTURAL**
serie alterna

Material de lo inmediato

RENÉ AVILÉS FABILA





Cine, literatura y sangre	114
---------------------------------	-----

CAPÍTULO III: LOS HOMENAJES

Rafael Solana: cincuenta años de escritor	125
En la muerte de Juan Rulfo	128
Juan José Arreola o la literatura	131
Rubén Bonifaz Nuño, poeta luminoso	133
Luis Leal, un entusiasta de nuestras letras	138
Con Herrera de la Fuente por una sala de conciertos llamada Morelia	142
Fedro Guillén	148
Dionicio Morales, el poeta, el periodista cultural, el infatigable promotor de poetas	151

CAPÍTULO IV: LOS AUTORES QUERIDOS

Mi autor favorito	157
Borges el comunista	158
Horacio Quiroga	161
Con Dostoyevski de la mano, entrevista con René Avilés Fabila	164
Las muertes de Truman Capote	167
Apollinaire, uno de mis favoritos	169
Marguerite Duras y el joven piloto inglés muerto	173
Un vampiro olvidado y un monstruo superstar	175
Gómez de la Serna y el cuento brevísimo	178
Los santos bebedores	181

CAPÍTULO V: ARTES VISUALES

David Alfaro Siqueiros. El hombre volcánico	187
Diego Rivera en Detroit	196
Dos variaciones sobre un mismo tema: José Luis Cuevas	199
La cambiante ciudad de México y Sebastián	205
Augusto Ramírez el retratista ideal	206



PRELIMINARES



Material de lo inmediato está formado por artículos periodísticos, aparecidos en las páginas de distintas revistas literarias y suplementos culturales, principalmente en las de *El Búho*. Son trabajos sobre aficiones personales, con frecuencia apreciaciones subjetivas. Libros, autores, sucesos que me llamaron la atención y que de muchas maneras reflejan mi afición por un tipo de periodismo cultural que inicié hace ya más de veinticinco años con el apoyo del poeta Juan Rejano. Algunos son antiguos, tal es el caso de "Cómo escribir una novela y convertirla en best-seller", publicado en una revista argentina hace ya unas dos décadas, la mayoría son recientes y están agrupados no cronológicamente sino temáticamente. Como ninguno de mis libros, éste es autobiográfico. Si alguien lo lee, me verá de cuerpo entero, con mis gustos y mis disgustos. Cabe añadir que de un archivo que reúne cientos de artículos, quizá miles, seleccioné un puñado de mis notas culturales buscando coherencia y sentido del humor. Aunque la mayor parte de mi trabajo periodístico es de tipo político, nunca he sentido necesidad de conservarlo en libro, me parece que responde a una necesidad coyuntural, a un cierto desahogo en una sociedad asfixiante. A cambio, por los trabajos culturales siento simpatía. Me gustó escribirlos.

R. A. F.



CAPÍTULO V:

ARTES VISUALES



David Alfaro Siqueiros *El hombre volcánico*

Luis Cardoza y Aragón explicaba en octubre de 1948: "Nos acontece que nos ocupamos más de Alfaro Siqueiros como teorizante que como artista creador. Ha dado más su tiempo a su teoría y acción en la lucha ideológica contemporánea que a su pintura? Pienso que no; su vida se halla presente en tres caminos, trenzada así: su militancia política, su obra y la teoría en que ella se asienta". Raquel Tibol a su vez señalaba en *Un mexicano y su obra. David Alfaro Siqueiros* lo siguiente en forma de preguntas y respuestas: ¿Es artista Siqueiros? Sí, es artista. ¿Es político Siqueiros? Sí, es un militante político. ¿Es un teórico en cuestiones de método para el trabajo artístico y para la crítica del arte? Sí, lo es. ¿Es un agitador social? Sí, lo es. ¿Es un renovador? Sí, lo es. ¿Es un hombre de su tiempo? Vive en su tiempo, con su tiempo, de su tiempo, desde su tiempo. Su agudeza analítica le impide estancarse en lo gregario; su credo internacionalista lo lleva a rechazar todas las variantes del nacionalismo estrecho en lo social y en lo artístico..." Y todo es preciso. En Siqueiros no es posible desligar, como algunos han querido, al artista del militante político. Sin embargo sobre su pintura y sus teorías estéticas mucho se ha escrito, dejando un tanto al margen el aspecto político. Al parecer las distintas corrientes se ponen de acuerdo en un punto: la grandeza de Siqueiros como artista, como pintor y aún como teórico del muralismo. Esto es parte de la historia de las artes plásticas del



país y dignifica a un movimiento pictórico cuya importancia real rebasa los límites nacionales.

Pese a todo hay un aspecto en la obra de Siqueiros poco discutido o tal vez soslayado a propósito: su papel como militante comunista, como una persona que participó en su época intensamente, acudiendo incluso a guerras y revoluciones, con tal de agotar su responsabilidad política. Este es el Siqueiros que ahora merece atención, que debe ser ampliamente analizado. De otro modo no será posible comprenderlo en toda su complejidad.

Pintor de genio, teórico de las artes, polemista brillante, revolucionario de toda la vida en un país donde el marxismo suele ser tan sólo un paso para lograr posiciones burocráticas y el aplauso de la burguesía, guerrero de los movimientos, miembro del Partido Comunista, David Alfaro Siqueiros ha dejado honda huella en su país. Ejerció la crítica y aún la autocrítica y su presencia le dio a la izquierda mexicana prestigio internacional. Su militancia no fue de poco valor ni sumisa ante los errores de dirección, muy frecuentes por aquellos años. Cuando, por ejemplo, en 1930 el PCM lo expulsaba por sostener relación con Blanca Luz Brum, amiga de los sandinistas, considerados por los comunistas de esa época como proimperialistas, Siqueiros hizo severas observaciones al Partido, el que poco tiempo después lo reintegró a sus funciones políticas y de agitación. De ello hay constancia en esa estupenda obra de recuerdos *Me llamaban el coronelazo*, en donde va más lejos: acusa al Partido Comunista de padecer infantilismo táctico; señalaba que mientras él estaba preso el Comité Central "estaba dedicado a destruir mi prestigio político entre la masa..." Y finaliza categóricamente: "En esa actitud, el Partido Comunista Mexicano cometió verdaderas ingenuidades producidas por la determinación de ser estrictos en problemas disciplinarios era infinitamente superior a la blandura oportunista con que se le sustituyó más tarde".



Quizás por acciones como la antes narrada, habría que ser responsables en el estudio de los errores y aciertos que la izquierda mexicana ha cometido. El espíritu crítico debería predominar en sus filas y no ir por el mundo suponiendo que se marcha de triunfo en triunfo, cuando va parafraseando a Lenin, dando un paso adelante y dos atrás. Por desgracia y a causa de un aparato burocratizado y poco eficaz, la gran crítica al Partido Comunista se hizo fuera de sus filas y aquí pienso en *El proletariado sin cabeza* de José Revueltas.

Pero las dificultades de análisis son todavía más complejas. Por un lado el Estado intenta apropiarse de la figura de Siqueiros, por otro, sus críticos de izquierda y ultraizquierda se empeñan en hacer pasar al gran artista como un oportunista o como alguien que terminó sus días entregado al apoyo de la iniciativa privada y al reconocimiento del gobierno de Echeverría. Me parece que no hay mucha claridad en todo esto. Ni Siqueiros fue claudicante ni el gobierno posee su memoria, por más que él sea quien determine a los que deben estar o no en la Rotonda de los Hombres Ilustres. Tampoco Siqueiros es propiedad exclusiva de los comunistas, quienes debemos recordarlo, estuvieron a punto de expulsarlo poco antes de su fallecimiento.

Todo ello marca aspectos interesantes: las relaciones de un intelectual y el partido y las que deben regir la conducta del intelectual y el Estado. Isaac Deustcher hablaba de las dificultades que tiene el artista para poder ser revolucionario. En su obra "El poeta y la revolución", señaló las diferencias entre el primero y la gran gesta libertaria, el socialismo. Y hay dificultades porque frecuentemente el artista o el intelectual suelen ser de origen pequeño burgués o definitivamente burgués. No son, al menos en nuestro país, los obreros y los campesinos quienes derivan a la creación artística. Esto genera un conflicto inmediato que con frecuencia hace que el individualismo, tan marcado en los intelec-



tuales, choque con las necesidades colectivas. Se requiere una gran voluntad, un elevado grado de conciencia política y el conocimiento de las leyes de la historia para poder superar los vicios que el origen y la educación marcan. Mayakovsky, por ejemplo, fue el poeta de la revolución y, como dijo el marxista Deutsher, "nunca fue capaz de fundirse con ella hasta el fin".

Pero aquí tenemos algo más. No sólo hay que contemplar el problema desde el artista y el intelectual. También debe estudiarse desde otra perspectiva: la del propio partido y la del Estado, según sea éste burgués o socialista. El Partido Comunista Mexicano antes y el Partido Socialista Unificado de México hoy, carecen de línea política cultural, de tal modo que nunca ha quedado claro qué trato debe dárseles a los creadores e intelectuales o cuáles podrían ser las funciones de éstos en una inteligente división del trabajo. En el partido los artistas suelen ser abrumados por la prepotencia del aparato burocrático. A Siqueiros, digamos, en más de un momento se le utilizó para publicitar la causa, dejando de lado sus aportaciones teóricas como militante, como artista que intentó seria y responsablemente crear un arte distinto desde su concepción y génesis, que exige otro tipo de participantes y asimismo otra suerte de circulación. El partido se limitó a criticar a Siqueiros cuando éste aceptó la ayuda de millonarios para financiar su inmenso proyecto cultural del Polyfórum, incapaz de comprender la conducta del artista y su necesidad de trabajo, de expresión.

Indudablemente Siqueiros tuvo conciencia de este problema. El crítico de arte Alberto Híjar ha señalado que existe una última etapa en la vida del pintor que podría distinguirse por un desencanto ante el partido y el Estado, al que suponía obligado a entregar los muros para pintar. Tal momento va de su salida de Lecumberri hasta la culminación del Polyfórum, obra concluida ya en plena batalla contra la enfermedad que lo minaba y desgastaba rápidamente. Pese al desencanto –siguiendo las ideas del citado crítico–, Siqueiros



fue un pintor revolucionario y de la revolución. Supo ser militante moviéndose en lo que Mayakovsky llamaba la corona de espinas de la revolución y fue fiel a ella como artista y como político, ambas categorías íntimamente ligadas a él y fusionadas por él. Habría que insistir, de otra manera no se puede entender a Siqueiros. Si alguien trata de separar la militancia de la obra plástica y teórica está equivocado.

Veamos las cosas con un poco de detenimiento. En principio Siqueiros glorificó, como Orozco y Rivera, lo mejor de nuestra historia y los aspectos más positivos de la Revolución Mexicana, de la que él mismo había sido partícipe; por lo contrario, utilizó la pintura, la palabra y la acción para fustigar lo caduco, lo reaccionario, lo inservible. Vivió tiempos difíciles tanto para la creación como para los movimientos populares. Llegó a ser contradictorio como contradictoria es la misma izquierda mexicana. Una izquierda que lentamente se ha desarrollado, mil veces golpeada y reprimida, que todavía hoy en día carece de base obrera, que en buena medida está atomizada y que parece disfrutar destruyéndose a sí misma, que en ocasiones ha sido ingenua y otras sectaria y que nunca ha podido enfrentarse unida a un enemigo fuerte y hábil. Esto jamás pareció desalentar a Siqueiros; estuvo en el Partido Comunista Mexicano siempre, en el flujo y en el reflujo, en la semi-legalidad y en la clandestinidad absoluta, siempre buscando las condiciones materiales para el cambio. Sabía que el gobierno mexicano carecía de una actitud sistemática frente al arte de los pintores comunistas, que a veces los muros eran entregados de buena gana, que en otras ocasiones utilizaba el muralismo para sus propios fines políticos, "para impulsar la demagogia", decía el propio artista. Pero es obvio que para que el muralismo llegara a feliz término se requería del apoyo estatal. En este aspecto el pintor no puede mantenerse, a diferencia del escritor, lejos del gobierno. Y al ser estrechas estas relaciones se



corre el peligro de ser asimilado. Hoy en día, digamos, no faltan los muralistas oficiales, con ninguna originalidad y complacientes a las peticiones de burócratas insensibles y frecuentemente retrógrados, que decoran las paredes de edificios públicos. Tendríamos que hacer, en todo caso algunas excepciones como los recientes murales pintados por Vlady y Belkin. Lo que al mismo tiempo vendría a demostrar que el muralismo no está acabado, como suponen sus detractores.

En el homenaje que hace varios años se le rindió a Siqueiros, en la Casa del Lago, escribí: Juan de la Cabada decía, durante el reconocimiento que le tributaron los universitarios a José Revueltas, que no es fácil ser revolucionario o que, en todo caso, es sencillo serlo por algunos años, porque serlo toda la vida se antoja una tarea descomunal, casi imposible, sobre todo cuando se sabe que la pelea es desigual y las condiciones de la batalla las pone el enemigo de clase. Siqueiros, a pesar de su acercamiento al Estado en determinados momentos, supo ser revolucionario toda la vida. De principio a fin. Su pintura, su combatividad, su talento, su ingenio, su buen humor, su alegría de vivir, todo lo puso al servicio de una causa y es claro, esa causa llegó a identificarse plenamente con cada uno de sus actos.

Sus contradicciones, sus cambios de actitud política (por otro lado, siempre dentro de la misma corriente, la del Partido Comunista Mexicano) son algo que debemos estudiar: un fenómeno más o menos complejo que son esas relaciones ya referidas entre el artista, el partido y el Estado. Por lo que al partido toca, Siqueiros, no importa lo que se diga, fue un gran militante que no rehuyó, pese a su enorme prestigio internacional, tareas por insignificantes que fueran. Podemos comprobar que el pintor salía a la calle a pedir firmas por la paz o a compartir una campaña de finanzas, tareas que difícilmente otros artistas hubieran aceptado. El binomio artista-militante es un asunto que debería ser tomado más en cuenta en



lugar de resolverlo mediante una cita de los clásicos del marxismo. Este es un fenómeno importante que de no ser puesto en el tapete de la discusión seguirá provocando que la inteligencia mexicana, los artistas y los escritores, no se afilien en masa a los organismos más progresistas. Es difícil que el artista, con todo su mundo auestas, sus personales concepciones de la vida y la creación, sea un militante disciplinado, capaz de sacrificios. Muchos de los surrealistas, Bretón entre ellos, se acercaron al marxismo buscando hacer prácticas sus consignas de cambiar la vida, incluso llegaron al Partido Comunista. Y salvo Aragón y tal vez Sadoul, la mayoría no pudo compaginar sus conclusiones estéticas con la rigidez de la actividad militante. Sobre todo en aquellos tiempos en que el fascismo, la cercanía de la guerra y el estalinismo convertían a los comunistas en aceptadores de consignas. Tampoco es posible dejar de lado que los clásicos del marxismo, absortos en las transformaciones económicas y políticas, en las dificultades que implica llevar el marxismo del papel a la realidad, apenas tuvieron tiempo para fijarse en las superestructuras artísticas, lo que, entre otros elementos, dejó el paso abierto al llamado realismo socialista, arte que Siqueiros nunca practicó y que, dicho sea de paso, poquísimas aportaciones hizo a la cultura universal.

Siqueiros, a diferencia de otros intelectuales y artistas, siempre fue hombre de partido, Mario Orozco Rivera lo ha señalado insistentemente. Con errores y aciertos, con un radicalismo deslumbrante, con concesiones a la burocracia política, como todo mundo, pero dentro del organismo en el que creyó hasta su muerte.

México, en el campo de los herejes y renegados, para usar la terminología del citado Deustcher, ofrece innumerables ejemplos de artistas e intelectuales cuyo paso por el marxismo y por el Partido Comunista ha sido veloz. Usado para vestir con cierta elegancia, para conseguir notoriedad y por último incrustarse en el régimen. Esa capa de creadores es incapaz de comprender cabal-



mente la revolución y entregarse a ella, aunque se pueda morir sin ver los resultados. Dicho de otra forma, la intelectualidad mexicana ha dado pocos Siqueiros.

En efecto, el gran artista nunca estuvo satisfecho: las llamas que llevaba en su pecho, que le conferían la extraña condición de antorcha humana, de moderno Prometeo, "torrente de lava siempre ardiente", como lo calificara Rafael Alberti en un poema leído en Florencia, en 1971, y cuando llegó el momento en España, como durante la Revolución Mexicana, exactamente en 1936, volvió a empuñar las armas arriesgando la vida. Y de esta acción quedan los testimonios de muchas personalidades, el de Líster o el del famoso comandante Carlos, Vittorio Vidali. Su pintura, su arte, fue puesta al servicio del marxismo, pero su obra no es panfletaria sino la producción de un inmenso artista. Estuvo, como decía con gran hermosura Hans Theodor Flemming, entre Marx y Miguel Ángel. "Al mismo tiempo que desarrollaba una intensa actividad política, Siqueiros realizó una obra monumental", añade el crítico.

Tal vez por haber pintado con pasión y profundidad telas y muros geniales y por haber combatido en muchos frentes, Siqueiros comparaba "el arte con la guerra, dos realidades abismales donde el hombre se hunde, se hunde, pero sin avizorar el fondo. Porque el arte y la guerra son el hombre mismo en su manifestación más simple y rotunda. En el arte el hombre se desnuda y se exhibe, se muestra como es. En la guerra, igual. En las dos realidades lucha el hombre consigo mismo, pero de cara a sus instintos y a sus pasiones, sin nada que lo encubra o disimule". Esto nos conduce de lleno a otra faceta del pintor, la del combatiente revolucionario. Y en muchos de ellos se da un espíritu aventurero, en el sentido más generoso del término, que también lleva consigo el hombre que busca el cambio radical, el mismo que seguramente influyó a Ernesto Guevara. Es, en efecto, una terrible realidad. No obstante, Siqueiros va más allá: "Viví una mañana espléndida en medio de los duelos de la artillería



–le escribe a su Angélica Arenal, 'la compañera de mi vida entera de muralista y de miembro del Partido Comunista', según confiesa en 1937–, durante la guerra civil española bajo los terribles aeroplanos que bombardeaban nuestra columna en marcha. Todas mis tradicionales fuerzas se juntaron para cumplir bien los encargos que se me hacían. Esto es maravilloso como hecho histórico, como espectáculo y como problema. Ya cerca, se ve la lucha como cosa humana sin el lirismo que le damos desde lejos. Al principio, la enorme cantidad de terribles problemas te angustia, pero después sirven sólo para acentuar tu determinación de victoria, y ese es mi actual estado de ánimo: voy a trabajar sin desmayo y no saldré de España hasta la victoria..."

Con frecuencia la responsabilidad social, política, del artista tienen grandes fronteras más o menos precisas. En Siqueiros nada tenía límites; iba de un extremo a otro tratando de romper el equilibrio, característica de los artistas y militantes revolucionarios de talla. Buscaba los grandes espacios lo mismo para pintar que para combatir; requería de la polémica, de la lucha armada, del trabajo estético, se sumergía en todo sin importarle las consecuencias. No le bastó dar su solidaridad a la España republicana, acudió a la guerra, ofreció su vida, la puso en peligro empuñando las armas... Sí, su época fue terrible, nunca le concedió tregua, ni siquiera en la cárcel dejó de pintar y combatir, siempre proyectándose hacia el futuro.

Ahora la bibliografía sobre Siqueiros ha aumentado considerablemente y es posible leerla sin tantos apasionamientos, con cierto grado de objetividad que antes su presencia física impedía. Va apareciendo ante nosotros el Siqueiros real, como fue. Es por tanto el momento de abandonar las fobias simplistas o la admiración imperfecta y estudiarlo. Sin embargo, la tarea no es sencilla. Su actuación fue compleja, violenta y a veces contradictoria. Tuvo errores, igual que otros (los riesgos del compromiso, de cualquier



actividad política), pero en este caso lo enaltecían, pues Siqueiros probaba de manera muy clara que no estaba solamente dedicado al arte sino también a la política. Nos quedan sus pinturas grandiosas y nos queda asimismo su biografía artística y política, una rica experiencia que debemos analizar: a todos nos sería útil. Me parece que en especial a los que siguen su camino en cuanto a unificar arte y política; a los artistas que militan y luchan por las transformaciones sociales. Será útil a los partidos de izquierda, que hasta la fecha no encuentran el camino para insertarse dentro de los grandes núcleos de población, del mismo modo que será útil para crear al fin una política cultural que permita el acercamiento de los escritores y artistas del país. Esta es la gran herencia artístico-política que nos legó Siqueiros. Por eso, como escribió José Revueltas al momento del fallecimiento del pintor, "No bastan los merecidos homenajes a su muerte, hay que rendirle un asombroso tributo a su futuro sin medida".

Diego Rivera en Detroit

Este año, 1986, es el centenario del natalicio de un genio de la plástica mexicana, Diego Rivera. El Estado mexicano (y también, me imagino la iniciativa privada) se apresura a celebrarlo con ediciones, homenajes, exposiciones, etcétera. En Estados Unidos, en la ciudad de Detroit, justamente la Ford, asimismo festejará el nacimiento del pintor tal vez con uno de los más espectaculares actos en donde habrá, entre otras cosas, mesas redondas y conferencias sobre la vida y obra de Rivera. Todo culminará con una magnífica cena de gala, los señores con smoking y las damas de largo, para brindar por él

Muchas veces he tratado de recordar cómo llegué a las filas de la izquierda mexicana. Me parece que fueron varios los caminos, uno



de ellos fue mi admiración por Rivera y Siqueiros. Al primero jamás le vi, me limité a contemplar cientos de ocasiones sus murales y cuadros. Al segundo lo entrevisté por televisión (Canal 13) y lo traté un poco. La lucha política que ambos dieron, en especial Siqueiros, me pareció formidable y creo haber leído prácticamente todo lo que escribieron o declararon.

Diego Rivera osciló en lo político, tuvo diversas actitudes, todas ellas dentro de la izquierda. Fue estalinista, pero en algún momento de su vida se acercó a la legendaria figura de León Trotsky, no sólo le ofreció la hospitalidad de su casa, sino que abrazó las posiciones del luchador marxista soviético. Finalmente, Diego se alejó del trotskismo y volvió al seno de la Tercera Internacional. Hasta su muerte, militó en las filas del perseguido, equivocado y heroico Partido Comunista. La suya fue una militancia decidida, no era simplemente un carnet, salía a las calles y combatía por sus ideales.

Quizá su actitud más firme, más decidida, fue el antimperialismo. En murales, cuadros y proclamas manifestó su aversión por esta última fase del capitalismo. Tuvo problemas en Estados Unidos y en México, pero jamás modificó su criterio. Sabía de la peligrosidad del imperialismo y lo combatió con firmeza sin importarle las consecuencias. Más todavía, tuvo la osadía de aceptar murales en distintos puntos de Estados Unidos, en donde pintó imágenes y símbolos progresistas y antimperialistas. ¿Quién no recuerda sus obras solicitadas y destruidas por Rockefeller a causa del mensaje político que destilaban?

La vida de Diego Rivera fue sin duda apasionante. Es difícil separar la verdad de la leyenda. Su fabulosa mitomanía lo impide. Pero hay hechos concretos, parte de la historia que nos brindan elementos maravillosos para juzgar su obra portentosa y su inquieta vida. Ciertamente le correspondieron tiempos complejos tanto en el arte como en la política. Los comunistas de aquellas épocas eran dogmáticos, sectarios y de una ortodoxia poco común tal vez a causa



del ascenso del fascismo, de la guerra y de las contradicciones nacionales e internacionales que los condenaban irremisiblemente a una vida de persecuciones y trabajo clandestino.

En Estados Unidos tuvo admiradores, el viejo Ford, uno de ellos; también tuvo enemigos irreconciliables. Lo más curioso es que dentro de estos últimos estaban comunistas estadounidenses, quienes lo condenaron por "haber pintado en edificios capitalistas".

Algo que no deja de sorprender y que muestra en efecto que los tiempos de Diego Rivera fueron en verdad difíciles y harto complicados. Los errores de la Unión Soviética, la fuerza de la Alemania nazi, el deterioro de las potencias europeas, el surgimiento de Estados Unidos como país plenamente imperialista, el cerco tendido a la URSS para estrangular al naciente socialismo, en fin, todo creaba un clima terriblemente sofocante y la claridad en las luchas políticas y aun artísticas no era lo normal. Pese a todo, Diego Rivera supo destacar, crear una fuerte leyenda en torno a su personalidad, en donde la política, un arte combativo, las mujeres y las declaraciones truculentas (como aquella de comer carne humana para mejorar el cuerpo y la mente), fueron unos cuantos elementos.

En un homenaje a Siqueiros, en la Rotonda de los Hombres Ilustres, hablé de la impresión que cuando niño me produjeron los murales de los llamados tres grandes de la pintura nacional. Ahora no estoy tan seguro de que me produzcan la misma emoción, en especial cuando a su alrededor únicamente miro turistas bobalicones, frecuentemente yanquis, tratando de descifrar sus mensajes obvios y hasta ramplones, mientras que los mexicanos pasan de largo sin conmoverse. Lo más curioso en esta relación personal es que al momento en que aparezcan estas líneas, yo estaré en Detroit, en ese inaudito homenaje que la Ford (fiel a la memoria de su creador) le hace a Diego Rivera. Iré, tal como me lo exigió el protocolo de esa empresa, vistiendo smoking y brindando con champaña por la obra de un esforzado artista que luchó siempre



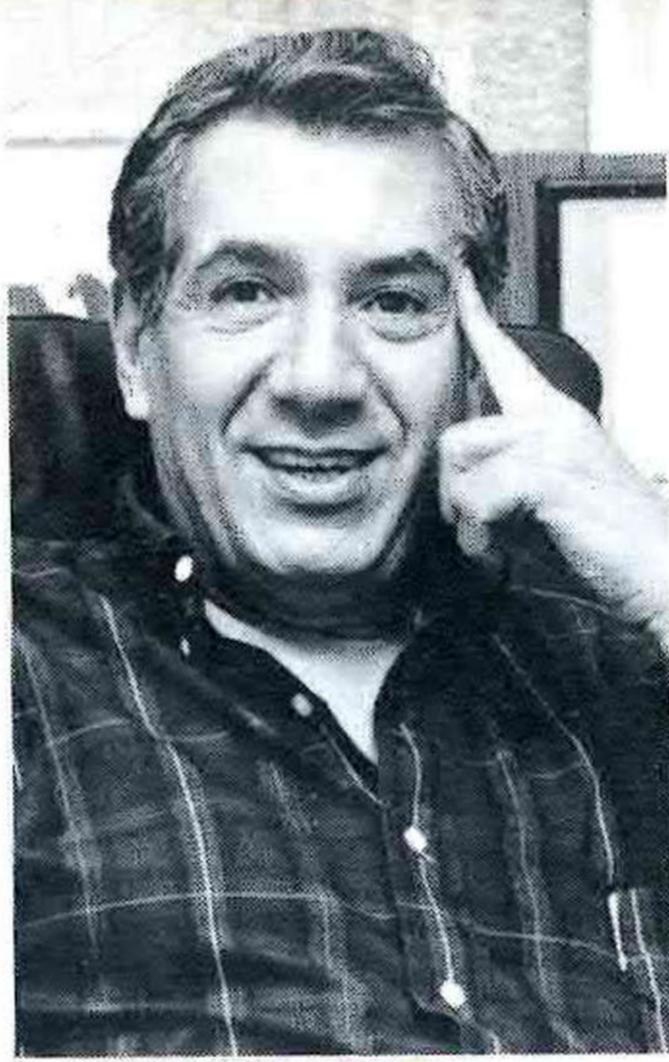
contra el imperialismo estadounidense. Es seguro que entre los invitados (una élite intelectual y artística) no estén, como en el lejano 1932, los ocho mil obreros que defendieron los frescos de la destrucción que se proponían las fuerzas reaccionarias.

Dos variaciones sobre un mismo tema:
José Luis Cuevas

En menos de un mes, la capital de México ha podido admirar dos brillantes exposiciones de José Luis Cuevas: "Intolerancia" y "El artista como ilustrador". Ambas notables, dos facetas del dibujante y grabador, aparecidas justo cuando impetuosamente se lanza sobre la escritura y cierra así una etapa de su vida. Al tiempo inicia con *Excelsior* su columna "Cuevario".

Por ello es este un momento de reflexiones sobre el trabajo y la obra de José Luis Cuevas. Desde que se inicia en el arte se notan grandes influencias literarias al lado de las pictóricas. Allí están claramente Kafka y Sade, por ejemplo. El artista dibuja y graba acosado por fantasmas pictóricos y literarios. Sus invisibles presencias lo obligan a trazar ciertas imágenes. Y entre ellos y la realidad que también lo asedia, su mundo se llena de monstruos. Los cuadros y libros que lo han conmovido tienen honda repercusión en sus dibujos y grabados. Pero en efecto, no sólo el arte lo influye. Y Cuevas intenta desesperada y angustiosamente darnos constancia de cómo las tragedias de la humanidad le afectan (Intolerancia) y cómo interpreta los libros publicados e inéditos que lo han conmovido (El artista como ilustrador). De tal suerte tenemos una visión más o menos completa del inmenso creador.

Sin embargo, ni los autorretratos desgarradores ni sus interpretaciones personales de tal o cual libro le son suficientes a Cuevas para expresarse; nunca he conocido un caso en donde el autor tenga



En René Avilés Fabila habitan un número indeterminado de pasiones que luchan por prevalecer en un juego de responsabilidades y placeres, de ejercicios lúdicos, subversiones cotidianas y recompensas estéticas ♦ Es un adicto a la escritura como recreación y hurgamiento del mundo, a la crítica feroz de sistemas y estructuras mitológicas, a los efectos que la ironía y el sentido del humor tienen sobre los convencionalismos y las solemnidades ♦ Por vocación temprana la literatura ha sido su natural vehículo de expresión, catálogo desmesurado y metafórico de sus búsquedas, imaginaria, aversiones y laberintos autobiográficos ♦ En ese sentido, sus historias y personajes, concebidos a través de un diáfano estilo narrativo, forman parte ya de la vida de sus lectores ♦ Pero eso no le basta y ha tenido que recurrir al periodismo para desenfundar ese otro armamento suyo que es el de la reflexión intensa frente a los fugitivos, convulsos y engañosos fenómenos que conforman la cotidianidad mexicana ♦ Son textos, reunidos en este volumen como *Material de lo inmediato*, publicados en las páginas de *El Búho* e incontables medios escritos, la bitácora de un intelectual empeñado en exhibir el avanzado estado de putrefacción de la política nacional y sus hombres, ajeno a las complacencias típicas del medio, los lenguajes crípticos y el oportunismo rampante ♦ Al mismo tiempo, este libro contiene el homenaje del autor a un número importante de personalidades de la cultura, de Borges a Luis Leal, de Defoe a Siqueiros, en un empeño por remontar las fronteras del olvido ♦ Estos materiales constituyen una propuesta indecorosa que descifra, desolla, defiende, juega y escarba con el propósito de hacer que lo clandestino emerja, las corruptelas se exhiban, lo naco se in-mole, lo cursi se autolacere, los mitos desciendan de sus pedestales y lo inmediato permanezca.

Jairo Calixto Albarrán

